

Una ciudad

SANDRA ELENA CASTRILLÓN CASTRILLÓN

Montevideo era una ciudad que no conocía, en un país que nunca había visitado. Atravesar el Río de la Plata aquella mañana se le parecía a ese cuento de Clarice Lispector en el que una mujer un día sale de casa resuelta a dejarlo todo.

Cruzar el Río de la Plata en ese buque a todo vapor era ya como beberse un tango a la hora del café. En la ventana Buenos Aires se alejaba cada vez más, en una continua murmuración de espuma, mientras que Montevideo empezaba a insinuarse en un concreto aún muy lejano.

La embargaba la sensación de neutralidad en un territorio donde nadie podía señalarla con el dedo y reconocerla, donde, sobre todo, la mudez imperaba sin la prisa de las palabras.

El final del zumbido de los motores y los altoparlantes indicaron el final del viaje. En la puerta del buquebus, sosteniendo la maleta que ya iba llenándose de libros, avistó un país envuelto en neblina y llovizna a principios de noviembre, donde aún el verano se rezagaba a aquel vendaval.

—Un hotel cercano a la *Rambla*, por favor —le pidió al taxista— y luego se acomodó para aspirar esa novedad de edificios y calles con nombres ominosos donde el pavimento, el aire y el fragor de los árboles traían en realidad el mismo ritmo de la vida de cualquier paraje del mundo. Eran sus ojos los que enaltecían las señales del tránsito, los titulares de los periódicos en un puesto de la esquina, la majestuosidad de la *Puerta de la Citadella* en un extremo de la plaza. La ciudad antigua, sin duda, enlazaba conexiones antiquísimas en su



psiquis confusa, pero portar el estigma de expatriada, aunque fuera por elección, le daba a esos objetos y a esas formas la luz requerida para el ritual de la reinvención.

Descendió del taxi, una pierna después de la otra, caminó por el recibidor del hotel, escuchó sus pisadas y la voz propia al registrarse como si fuera seguida de cámaras y micrófonos en una producción donde ella era el personaje estelar de ella misma, estupefacta y absorta en su próximo movimiento. Por toda esa emoción de preámbulo de no se sabía muy bien qué, excepto la exaltación de disponerse a conocer aquella ciudad, le costaba comer, le costaba el arribo del hambre tan fantástica y humana cuando han pasado horas sin probar bocado. Le costaba el sueño y así mismo el sosiego, el descanso. Por eso, en cuanto llegó a la habitación, se cruzó de inmediato el pequeño bolso de cuero con los documentos y el dinero suficiente y se echó a la calle antes de que la tarde diera comienzo a ese célebre atardecer desde la Rambla.

Caminando, frente al río, la hipnótica visión del agua ondulante le traía a Adriana Varela a colación. No recordaba todavía la canción, aunque la evocación sobre los labios, a punto de ser tarareada, se asemejaba a un rastro de azúcar emergiendo. Enceguecidos los ojos, por el despilfarro de oro, los párpados cerrados se rindieron al sol vigilante, ese sol que exhibía toda la luz de la que era capaz. Ese sol dio unos saltitos, como un nadador antes de hacer su mejor zambullida, para calentar su verdadero salto e iniciar el descenso. “Ya llovió suficiente”, pensó ella, y entonces recordó todo el resto de la canción.

Caminando y cantando se produjo el efecto que ella no había esperado.

No se percató de que cada paso suyo bordeaba Montevideo y que al otro lado Buenos Aires la esperaba una vez más, con Corrientes y un café. Caminaba y cantaba la canción: “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió” y acurrucó el oído en el hombro, gratamente lastimada por el bandoneón. El agua restallando en la orilla, el frío asaltando los poros, alguna vez caminó de esta manera con ese hombre a la orilla del calor del mar. Una vez, ese hombre, en el atardecer, pudo mostrarle en los párrafos de un vallenato la queja del amor que se arrastra lánguida en el acordeón. Todo sucedió alguna vez, así que su nostalgia no tenía que ver con lo no sucedido, todo lo contrario, el viento despejaba el croquis de las huellas de un amor. Muy reciente y aún ardiendo en las junturas, muy cercano y prematuramente muerto, pero ineludible como la mariposa que se da el lujo de ser extraordinaria en el único día de su existencia.

Se trataba de lo que sucedió, de ahí que fuera imperioso el bandoneón y su persecución.

Los edificios perfilándose sobre el cielo extraordinariamente azul, a pesar del frío, de la ventisca y del oleaje vertiginoso, las fotografías persiguiéndose en torrente, unas detrás de otras, como esas instantáneas haciendo finalmente la imagen fílmica. A qué venían esas impresiones, a propósito de qué se rehacían, cómo se entrometían en ese paseo de la Rambla en plena capital de Uruguay. Era tan histórico para ella ese trasegar sin más, con las manos en los bolsillos en cuyo fondo podían tantearse unas monedas en pesos uruguayos, algunos pesos argentinos y el encendedor para cuando urgiera como nada en el mundo ese cigarrillo palpitante, obcecado, listo para hacer parte del ritual. Las frases que él había dicho en los últimos días, siempre hirientes y no obstante tan capaces de figurar como inocentes en aquellos labios que alguna vez amó. Cómo no vio por tanto tiempo a ese hombre metamorfoseado lentamente, pasando de ser un marido a un enemigo silencioso que siembra el destierro en aquellas habitaciones, que pervierte el sentimiento permitido de entregarse, esa suerte de inocencia al ir a ciegas a la penumbra señalada.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua desde el principio del viaje: ¿A dónde se había dejado desde que todo eso empezó?

Estaba recordando la pregunta en el preciso instante en que las gaviotas pasaron raudas y atrevidas, algunas de ellas descansaron un momento sobre el concreto que formaba la rambla.

Quedarse allí, por horas y horas, escuchando algo, descifrando lo que tenía que decir ese Río de la Plata, esas aguas que parecían traer consigo el desciframiento del destino. ¿Cuál destino? ¿Cuál habría de construirse en adelante?

Mejor trazarse ese plan sobre un porvenir borroso a deleitarse con la sucesión de momentos que dieron giro a la historia.

No valía la pena pensar en ello, pero no era posible elegir el torrente de pensamientos gracias a esa luz del ocaso extrayendo toda su fuerza para agonizar. Para qué recordar al hombre que jugó sucio y se creyó una a una sus verdaderas mentiras. Probablemente

Quién está
preparado para
dejar de amar,
quién dice a partir
de ahora renuncio
al objeto que me
hacía universal,
quién puede tirar la
primera piedra a este
río azul plata.

hubo un punto donde él se extinguió a medias y no pudo reencontrar su mitad, su valentía, las palabras que vinieran en su ayuda cuando la flaqueza fue revelándose ante ella. Es posible que verse tan desnudo lo decidiera a emprender la huida.

Ella se pregunta —el cabello tercamente devuelto a los ojos, impidiendo sopesar el próximo paso, dificultando la visión de la estrella luminosa que ya tocaba con uno de sus reflejos aquellas aguas azul oscuro, aguas de río, donde los límites besaban respetuosamente la orilla extranjera— ella se pregunta: ¿qué es lo que tienen sus ojos, los ojos de ella, que le han revelado a él los puntos flacos de su estoico ego? También vuelve a preguntarse —paso tras paso, alguna vez aprendió de nuevo a caminar tras un accidente infantil— ¿y cómo fue a parar allí su deseo?

Está lejos de casa en esta tarde, cierto desamparo la llena de una dicha ambivalente. El camino recorrido le ha hecho elaborar su pregunta que ya existía a medias. Y juega con ella mientras camina, como un felino aguzado jugando con su esfera de lana, el ovillo presto a desenredarse, la punta deshilvanada del montón. Para su suerte, la punta de ese hilo también es tocada por la ferocidad del viento, magnífico y revelador. El sol sabiéndose en declive la enfrenta y le pide sus propias revelaciones.

Lleva en sus manos la punta del estambre, que no es más que ese discurso que se dicta y se explica, la historia arrebuñándose insistente, pidiendo explicaciones ante un fin que es ilógico. Quién está preparado para dejar de amar, quién dice a partir de ahora renuncio al objeto que me hacía universal, quién puede tirar la primera piedra a este río azul plata y gritar que la renuncia no daña, no destroza, no hace rodar por una cúspide hasta deshacerse.

Y a pesar de ello, quién no sabe que luego del abismo aparecen unas alas de seda, que no obstante tienen la contundencia del hierro. Unas alas que ahora se abren —saca las manos de los bolsillos, la introspección empieza a cansar— y le permiten al viento descubrirla a su antojo, sacudir los rastros de ceniza que ensuciaban las alas nuevas, soplar esas briznas de dolor que ocultaban las vértebras que precisan de este alimento de río, de este aire de libertad. No es posible divisar a Buenos Aires desde aquí, pero sabe con certeza que yace del otro lado. Ya lo sabe: sus movimientos deciden lo que advendrá.

Ya puede avistar la playa, las gentes apostadas en la arena aguardando la puesta del sol. Conoce esta fotografía que ahora ella misma elabora a medida que sus pasos van armando la filigrana del acto. El crepúsculo le ayuda a recordar el cuento de Clarice Lispector, va apareciendo como la canción de Adriana Varela, como si el declive de la luz ofreciera otras claridades más profundas. El personaje de ese cuento efectivamente sale de casa dispuesta a dejarlo todo, una resolución que esa mujer lleva



a cabo con todo su cuerpo: deambula por la ciudad hasta que llega la hora de embarcar. Allí, la dubitación la hace presa de la angustia, así que la mujer de ese cuento se devuelve a casa, incapaz de tomar el tranvía, o el tren o el barco, no lo recuerda con exactitud. Regresa a casa con la cabeza gacha y se acuesta en completo silencio junto a ese hombre del que huyó en la mañana.

Para ella, en cambio, es imposible devolverse. Las dubitaciones no son ahora el tema en cuestión. Por algo sus manos, fuera de los bolsillos, coinciden con el viento en armarse una historia nueva en la dermis, una nueva versión de sí misma en el lenguaje, recreando la antigua leyenda que fue.

Regresará a Buenos Aires, por unos libros que todavía no encuentra, dejará que la pesque el final del día en el Ateneo y luego buscará la cena en la Avenida de Mayo, mientras contempla a Borges, bocado a bocado, vino a vino, inmóvil para la memoria.

Luego tomará un avión que la lleve a casa. Será otra la que se marche a casa y será otra casa la que la reciba. Habrá de ingeniar todo con el lujo y la gracia que requiere la imaginación.

Construirá la casa que se parezca a la casa de sus sueños, esa donde exista la ventana y su mesa de trabajo mirando al poniente. Una casa donde los únicos fantasmas sean los que nazcan de su inventiva.

Así que nuevamente adviene la espectadora de sí misma, para presenciar su acto central, donde la neutralidad elegida fue hecha en pos de hacer un nido para empollar sus alas. Le gusta imaginar que desde esa playa en la que por fin se sienta puede divisar Buenos Aires, a kilómetros y kilómetros de río desde allí.

Olfatea la fuerza de ese momento que la alimenta y la resucita. ■

SANDRA ELENA CASTRILLÓN CASTRILLÓN (COLOMBIA)



Es escritora, psicóloga y profesora de la Universidad de Antioquia. Ocupó el primer puesto en la séptima versión del Concurso Nacional de Cuento Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia en 2005, con el libro de cuentos titulado *Odios*, publicado ese mismo año. *Odios* fue reeditado por la Editorial Universidad de Antioquia en 2007. En 2016, el Fondo Editorial Universidad Eafit publicó el libro de cuentos *Ellos*.